

# Elena Poniatowska

## El universo o nada

Biografía del estrellero Guillermo Haro

---

© 2013, Elena Poniatowska  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
www.schavelzongraham.com

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2023  
ISBN: 978-607-39-0367-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

---

## CAPÍTULO 1

*La Decena Trágica • José de Haro y Marrón y Leonor Barraza  
• Mascota, la tierra de Leonor • Viernes Santo, 21 de marzo de  
1913: nace Guillermo Haro • El barrio de San Lucas • Una in-  
fancia feliz*

Las mujeres que van a darle el pésame a la Virgen se saludan de una acera a otra: «Buenas tardes», «Buenas las tenga usted», y sus rebozos negros contrastan con las jacarandas en flor. Es un Viernes Santo de 1913. Un mes antes, en febrero, la Decena Trágica también las enlutó y caminaron con la cabeza entre los hombros. Hace tres años que la guerra asfixia al país. Los cadáveres pasan a ser basura con la basura que nadie recoge en la calle. No hay agua ni luz.

—Yo vi la sangre.

—¡Quién vive!

—¿Adónde va?

—¿Qué quiere?

—Hay muchos muertos.

—Los cuerpos.

—¿Cómo se atreve?

—¡Traidor!

—A él ya lo fusilaron.

El 20 de noviembre de 1910, Madero encabezó un levantamiento armado contra Porfirio Díaz y desató la Revolución mexicana. En 1911 fue electo y los mexicanos fincaron en él su esperanza. El horrible Victoriano Huerta, al mando del ejército, lo traicionó. Gustavo Madero, hermano de Francisco, lo descubrió y arrestó, pero el presidente, ingenuo, confiado, crédulo hasta el martirologio, le ordenó que lo pusiera en libertad. Huerta, el traidor, vejó, torturó y asesinó a Madero y al vicepresidente José María Pino Suárez. A partir de ese crimen al país lo desgarran las desobediencias, las traiciones de Huerta, Carranza, Villa y Zapata. Solo concluirán con la proclamación de la nueva Constitución mexicana en 1917.

---

Thomas Woodrow Wilson cumple tres semanas como presidente de Estados Unidos y evita cualquier referencia a la Revolución mexicana, al complot contra Madero y al conflicto de El Chamizal.<sup>1</sup> Henry Lane Wilson, el embajador de Estados Unidos, se alió con Huerta para derrocar a Madero; Huerta repite que su misión es la paz y asegura que su ley de amnistía protege «a todos los reos políticos sin distinción ni credo». Desde las páginas de *El Imparcial* (que de «imparcial» no tiene nada, porque Huerta lo paga), el poeta José Juan Tablada reitera su apoyo incondicional al nuevo gobierno y lanza vivas a Huerta. ¡Pobre Tablada, tan buen poeta!

En un México perforado a balazos, los periódicos del 21 de marzo de 1913 se ocupan del santoral católico y olvidan el CVII aniversario del natalicio de Juárez. En su portada y páginas centrales reproducen «Al César lo que es del César» de Tiziano o «La Última Cena» de Da Vinci, cuentos y versos de Victor Hugo, Ignacio M. Altamirano, Manuel Carpio, Manuel José Othón, Joaquín Trejo, Campoamor, Justo Sierra y del obispo de Veracruz, Joaquín Arcadio Pagaza. Las alabanzas a la justicia divina, a la Dolorosa, a la pasión de Cristo y a la derrota de Satanás ocupan el primer lugar con los horarios de las misas que ofrecen la Catedral, La Profesa, San Felipe de Jesús, Santa Brígida, San Miguel y Santo Domingo.

Llama la atención un anuncio: «La Decena Trágica. Sucesos de los días 9-18 de febrero. Postales con vistas militares, ataques, defensas, muertos, heridos, ruinas, efectos del bombardeo, etcétera. Tenemos actualmente 48 diferentes. Precio: a 15 centavos cada postal. Al por mayor precios especiales. Félix Miret. “La Nobleza”. Av. San Francisco n° 54».<sup>2</sup>

—Deme la de «Muertos durante la refriega del domingo 9 de febrero en la Plaza de Armas».

—A mí la de los soldados que disparan frente a Palacio Nacional.

—Yo quiero la de esos cadáveres...

—¿Tiene una de Huerta?

Una tragedia nacional que afecta la vida de todos y ensucia la historia del país termina en una postal de tres por cinco.

---

<sup>1</sup> El Chamizal es un terreno de 2.4 kilómetros cuadrados entre El Paso, Texas, y Ciudad Juárez, Chihuahua, en la frontera México-Estados Unidos, que debido a un cambio en el cauce del río Bravo quedó del lado estadounidense. El conflicto se inició en 1911 y concluyó a favor de México en 1963. Actualmente es un parque recreativo.

<sup>2</sup> *El Imparcial*, 1 de marzo de 1913, p. 3.

---

Xochimilco es la «Venecia mexicana». La sensación del momento, las «Pastillas Palangié» que acaban con la tos y la «Purgatina Saiz de Carlos», que vacía en un santiamén a los estreñidos. Los teléfonos Ericsson atienden a más de nueve mil quinientos usuarios en la capital y la «Harina Malteada Vial», recomendada por especialistas para los niños «antes, durante y después del destete», hace maravillas. Los avisos de ocasión garantizan que tan solo por cinco pesos se cura en ocho días «el vicio de la embriaguez sin que lo sepa el borracho» y promueven a un caballero extranjero, comerciante e industrial que solicita «para matrimonio inmediato viuda o señorita, humilde, respetable y de buena familia».

José de Haro y Marrón, padre de Guillermo, es hijo de Joaquín Aro y de Paz Marrón. Nació en la Ciudad de México el 30 de marzo de 1877 y sus padres lo bautizaron en la parroquia de San Miguel Arcángel, del siglo XVI, una de las más antiguas de la capital, en la que ahora es la calle de San Jerónimo, entre José María Pino Suárez y 20 de Noviembre. Lo llamaron «José Francisco de Paula Luis Gonzaga Juan Climaco de la Soledad y de los Corazones de Jesús y de María Aro y Marrón».<sup>3</sup> La adopción de la partícula «de» es un signo de distinción. Esta creencia nace en Francia y se remonta al siglo XVI; se prohíbe su uso a quienes no pertenecen a la nobleza y se llega «a ridículas situaciones en las que plebeyos ricos compraban el derecho a añadir dicha preposición a su apellido».<sup>4</sup>

Un acontecimiento histórico marca el año del nacimiento de don José: Porfirio Díaz inicia con su primer mandato, que va de 1877 a 1881, una dictadura de más de treinta años que el clero aprovecha para adueñarse de propiedades, fundar escuelas y hospitales, multiplicar diócesis y órdenes religiosas y, por lo tanto, aumentar su poder; el mismo Díaz se declara «católico, apostólico y romano» y la misa dominical es la más alta de sus prioridades. Reunirse en La Profesa o en la Catedral y presumir galas traídas de París es el gran acontecimiento de la semana. «No olvides tus guantes», «Están mal abrochadas tus polainas», «Doña Carmelita se mandó traer un

---

<sup>3</sup> Libro 48, Partida 106, Foja 35. Acta de bautismo expedida por la Parroquia de San Miguel de México el día 22 de abril de 1877. (Archivo personal.) «Aro» sin «H» quizá se debe a un error o falta de instrucción del escribiente, errata común en la época.

<sup>4</sup> José Godoy Alcántara, *Ensayo histórico-etimológico sobre apellidos castellanos*. Valencia: Libros París-Valencia, 1992.

---

sombrero de Poiré y le sienta como un tiro», «A la hija de Catita Escalante se le ha hecho cuerpo de albóndiga». En el seno de la clase media alta prevalece un celoso ambiente de casta, aunque varios jefes de familia inauguren la costumbre de la «casa chica».<sup>5</sup> José de Haro asiste desganado a misa, más por costumbre que por convicción; en cambio, a su hermana Paz la anima una exaltada devoción.

Un Viernes Santo, el 21 de marzo de 1913, nace en el Distrito Federal Guillermo Benito Haro, segundo hijo de Leonor Barraza y de José de Haro Marrón.

La madre de Guillermo, Leonor Barraza, nacida en Mascota, estado de Jalisco, una «población mestiza enclavada en una región aislada y montañosa»<sup>6</sup> cuya fecha de fundación se desconoce, es bautizada con el nombre de «María Leonor Barraza, hija de Gabino Barraza y de Trinidad Briseño, en Mineral del Cuale, Municipio de Mascota, Estado de Jalisco, el 4 de septiembre de 1889 en la Iglesia de la Vicaría de Cuale por el Presbítero José Ramírez, cura interino».<sup>7</sup> El historiador Carlos Gil escribe que Mascota «domina política y económicamente una zona abrupta y extensa de la parte occidental del estado».<sup>8</sup>

Ignoro el año en que los Barraza se mudan al Distrito Federal y traen el campo de Mascota a San Lucas, Coyoacán; tal vez en 1910. Leonor tiene manos verdes: hereda la habilidad de sus padres para todo lo que es la tierra y siembra un pedacito de Jalisco en la ciudad. Nadie mejor que ella para cultivar flores, frutas y verduras que se engríen con sus cuidados. Todo se le da generosa y fácilmente; la joven madre va y viene entre gallinas, pollos, perros, gatos y vacas, un mundo que tampoco le guarda secretos.

El 28 de junio de 1914, cuando Guillermo cumple un año y tres meses, el archiduque de Austria, Francisco Fernando, y su esposa Sofía, son asesinados en Sarajevo por un extremista serbio. El crimen desata la Primera Guerra Mundial, aprovechado por el Imperio Aus-

---

<sup>5</sup> La «casa chica» es la casa de la amante, quien también da a luz a «los hijos que Dios mande».

<sup>6</sup> Carlos B. Gil, «Los archivos de Mascota», en *Historia Mexicana*. El Colegio de México, vol. 28, número 1, julio-septiembre de 1978, p. 82.

<sup>7</sup> Libro 5 de partidas de bautismos de hijos legítimos de Cuale, Folio 210. Acta de bautismo expedida en el Curato de Mascota, Jalisco, el día 8 de noviembre de 1911 (Archivo personal).

<sup>8</sup> Gil, *loc. cit.*

---

tro-Húngaro y por Serbia, que tenían problemas de límites. Pronto intervienen los gobiernos de Rusia, Inglaterra, Alemania y Francia. Guillermo nace y crece en un contexto nacional e internacional marcado por revueltas, hambrunas, epidemias y muerte.

Los primeros años de la vida de los niños Haro transcurren en el barrio de San Lucas, Coyoacán, entre arroyos, tierra fértil para la siembra de maíz y para la cría de ganado. San Lucas se comunica con otros barrios gracias a la antigua Calle Real, más tarde Santa Catalina, Benito Juárez y ahora Francisco Sosa.

Leonor pertenece a una clase distinta a la de don José de Haro, por lo que se mantiene en la clandestinidad en una sociedad más que dispuesta a tirar la primera piedra. José de Haro tiene así una doble vida: por un lado es un solterón que vive con su hermana y por el otro procrea seis hijos, María Luisa, Guillermo, Carlos, Leonor, Ignacio y un hermanito fallecido cuyo nombre nadie recuerda.

Paz de Haro y Tamariz, hermana de José, ignora a Leonor Barraza. Don José la visita los domingos en su huerta de San Lucas, Coyoacán.

Los niños lo saludan y regresan a lo suyo.

Entre los seis y siete años, Guillermo se apasiona «por el cielo y todo lo que lo rodea, llegando a creer que el cielo terminaba en la cúspide de las montañas que rodean el valle de México». La respuesta a sus dudas se la da un viaje en tren a Cuautla, de la mano de su madre. Durante el trayecto descubre que la tierra jamás se acaba. Regresan esa misma noche y ese viaje lo marcará; años más tarde lo recordará cada vez que alguien le pregunte por su vocación. Leonor lo es todo, padre y madre, educadora y cómplice, José de Haro es solo el señor de los domingos.

En la huerta de San Lucas, María Luisa tiene una burra y sus hermanos la llaman «la burra de María Luisa». Cuando dicen «Manzanitas» se refieren a Guillermo, chapeado y sonriente. María Luisa, Guillermo, Leonor y Carlos son niños sanos, de mejillas lustrosas y ojos brillantes; el último, Ignacio, es moreno y larguirucho. Guillermo escucha a los adultos con enorme interés, María Luisa sigue a su madre a todas partes y sabe cuidar gallinas ponedoras, encontrar los huevos en el jardín y hasta desplumar un guajolote. «¡Qué limpias las entrañas de este pípila! Nunca comió una porquería.» Con sus jacarandas y sus árboles de tejocotes, sus begonias y sus animales, la huerta de San Lucas es un paraíso en el que los niños siembran, cosechan y giran en torno a una figura materna providencial.

---

## CAPÍTULO 2

*Muerte de Leonor • Drástico cambio de vida • La calle de Lucerna nº 55 • La tía Paz • La primera comunión y la pérdida de la fe • La escuela Morelos • La adolescencia con Hugo Margáin • La gran cultura del doctor César Margáin*

Leonor muere de un infarto a los treinta y seis años, en 1925. José de Haro legaliza su situación con un casamiento post mórtem y solo entonces registra como legítimos a los dos mayores, María Luisa y Guillermo.

Vivir fuera de la huerta de San Lucas, vivir sin la mirada de Leonor es una tragedia para el niño de doce años. La pérdida abofetea a Guillermo en plena cara a cada amanecer. «¿Por qué no me llevó con ella?», llora María Luisa. No hay nadie que se le parezca, nadie que pueda acercársele. También para los pequeños, la muerte de Leonor es una prueba porque pasan de la tutela de su madre a la de su tía, doña Paz de Haro Marrón y Tamariz.

Doña Paz no tiene la menor idea de cómo tratarlos ni se preocupa por saber qué les sucede, solo da órdenes y emite juicios sobre personas y acontecimientos: «Aquí en la mesa no se hacen tacos con la comida». «Las formas de esta casa no son las de su madre.» «Carlos, límpiame la boca después de beber.» «No entiendo cómo Nachito nació tan prieto siendo mi hermano tan blanco», repite cada vez que posa sus ojos en el más pequeño, aunque el niño le sonrío.

A la hora del té, doña Paz se queja con sus amigas: «Es muy duro sacar adelante a cinco huérfanos que han venido a trastornar mi vida. Yo ni sabía de ellos porque José jamás los tomó en cuenta». Las compañeras del *bridge* la reconfortan:

—Te vamos a pasar la ropa usada de nuestros hijos.

A diferencia de Leonor, su conversación gira en torno a la esfera doméstica y a la heráldica. Su madre hablaba del futuro de las semillas en la huerta: «Mira tus jitomates, María Luisa, ya están poniéndose rojos, muy pronto podremos cosecharlos». Con ella todas las



---

plantas se dirigían a la luz, por más escondidas que estuvieran. La botánica y la astronomía eran parte de los fenómenos naturales, del sol y la lluvia, y ahora los niños recorren la acera de la calle de Lucerna con sus puertas cerradas.

A la tía Paz le es imposible imaginar las exigencias que caben en la mente de un niño como Guillermo. A sus hijos, Leonor les hacía ver cómo algunas flores se cierran en la noche y otras tragan mosquitos; a la tía Paz le interesa leer la página de sociales de *El Universal*, el mejor, el más moderno de los diarios, el que desde 1916 les enseña a los mexicanos a vivir bien. «Ojalá y me cerrara como las plantas para no sufrir tanto», piensa Guillermo, y para darse valor se repite en voz alta: «Yo soy un organismo vivo».

Doña Paz de Haro tuvo un solo hijo. Un día que su marido, Joaquín Palomo y Rincón Gallardo, quiso sacarlo de la cuna y tomarlo en brazos, lo encontró muerto. Ese niño es un tema prohibido. La tía Paz canceló su recuerdo y con su gargantilla de perlas y diamantes se formó en la fila de los que comulgan: no pierde una misa, un rosario y cuanto acontecimiento católico, apostólico y romano se celebra en la parroquia de la colonia Juárez. Admira a su antecesor, Antonio de Haro y Tamariz, que viajó al castillo de Miramar en Trieste a ofrecerle el trono de México a Maximiliano de Hasburgo. También es devota de Pío XI, el Papa que en diciembre de 1925 instituyó la fiesta de Cristo Rey. Los lugares en la mesa son otra de sus inquietudes.

—Ahora que cumpliste doce años vas a hacer la primera comunión —le advierte a Guillermo.

La preparación es solemne, la bóveda de puro oro, imponente; los rayos del sol se cuelan tamizados por los vitrales, los niños apenas si se mueven en su banca frente al altar bajo la mirada de las estatuas vivas, porque los santos son tan reales como la sangre del Cristo a punto de ser sacrificado. El señor cura, como una montaña negra, le dice a Guillermo que no debe masticar la hostia; también la tía Paz le advirtió que tiene que pasársela despacito, acunándola con la lengua.

—Ese es el cuerpo de Cristo, el Dios vivo que ha venido al mundo para salvar a los pecadores —reza—. ¿Entiendes? Si no te la pasas de inmediato, ¡cometerás un sacrilegio y te saldrán sapos y culebras de la boca!

Guillermo decide comprobarlo y le hinca los dientes, la escupe y la pisa:

---

—¡Me mintieron! ¡Los adultos mienten, no me salieron ni sapos ni culebras!

Su pecado lo estremece, pero más darse cuenta de que lo que pontifican es falso.

La nueva vida en la calle de Lucerna número 55, en la colonia Juárez, desconcierta a los niños, obligados a adaptarse a modales y horarios distintos. Antes dormían con su madre en una sola pieza, se oían respirar, ahora los separan y a Guillermo le toca la soledad del cuarto en la buhardilla. Para los mayores, María Luisa y Guillermo, la muerte de Leonor es una catástrofe. Todavía a los setenta años, Guillermo le tendrá horror a las mariposas negras, porque la noche en que falleció su madre una de ellas revoloteó en la cabecera de su cama.

Guillermo concluye la primaria en el Colegio Alvarado con honores. Los lasallistas, los maristas, los josefinos se encargan de su educación, y los niños Haro asisten a la escuela de la calle de Puente de Alvarado número 23.

—Por lo menos el mayor de los hombres salió inteligente —se consuela la tía Paz.

Cada vez que llega a México William Buckley, José y Paz Palomo de Haro Marrón y Tamariz forman a los niños en fila india a un lado de la puerta, del más alto al más pequeño, y ordenan que apenas entre el visitante digan a coro:

—*Welcome, welcome, mister Buckley.*

El abogado texano William Buckley es dueño de una compañía petrolera en Tampico, con oficina en la Ciudad de México. Recibirlo le choca a Guillermo, pero su padre lo acompaña a sus diligencias.

—William Buckley y yo vamos al banco... Buckley y yo comemos en el University Club... Esta noche Buckley vendrá a cenar.

Solo son requeridos los dos mayores, que se sientan en los extremos de la mesa. Antes de la cena, un mesero alquilado para la ocasión limpia los candelabros y los cubiertos de plata, y saca de una cómoda la vajilla con monograma.

—Practiquen su inglés —ordena la tía Paz—. También yo voy a hacerlo porque hablo mejor el francés.

—¡Pinche gringo!

La tía Paz coloca sobre la mesa unos cartoncitos con filo de oro en los que apuntó el menú con su letra puntiaguda del Sagrado Corazón:

---

*Julienne aux légumes frais*  
*Boeuf à la mode*  
*Salade Niçoise*  
*Profiteroles au chocolat*

La relación de Guillermo con su padre es inexistente, don José muestra menos interés por sus hijos que un celador por sus prisioneros; si se escaparan, no daría el grito de alarma. Y a los niños les sobran ganas, sobre todo a Carlos que pasa horas fuera de la casa. La ausencia de Leonor es una lápida sobre sus hombros y se refugian en la cocina con Rafaela, que con su amplio mandil mitiga la sensación de orfandad. José de Haro jamás pregunta si están bien, solo se fija de vez en cuando en el estado de sus camisas:

—Traes el cuello sucio.

En la calle de Lucerna, los vecinos compadecen a la tía Paz. «De un día para otro, a la pobre señora, tan decente ella, le cayeron cinco muertos de hambre y se las ha tenido que ver con Judas para sacarlos adelante.» «El padre ni los ve, sigue como si nada. Los tenía escondidos y ni siquiera los llevó a bautizar.»

Como sucede con las familias «bien», los muebles antiguos, consolas, espejos, tapicerías y escritorios, son un referente, califican a la casa; la tía Paz sabe del palo de rosa y la caoba, acabados y molduras: reconoce la época de porcelanas y sillas de pera y manzana, distingue un bargueño de un *chiffonnier*, descubre si las tazas son de Sèvres o de Limoges; a ella ningún pelado la engaña.

Años más tarde, May, la esposa de Antonio de Haro, el tío de Guillermo que vive en Dallas, lo llamará por teléfono a Harvard para preguntarle qué muebles desea conservar, solo para oírlo responder:

—No quiero nada de nada.

Guillermo cursa la secundaria y la preparatoria en la Morelos,<sup>9</sup> el colegio francés que dirigen los Hermanos Maristas, así llamado porque se encuentra en la avenida Morelos número 30. Allí conoce a Hugo Benito Margáin, esencial en su vida. Los amigos solo se separarán cuando Margáin se inscriba en la Universidad Nacional y Haro en la Libre de Derecho.

---

<sup>9</sup> Colegio inaugurado en 1918 por la congregación de los Hermanos Maristas, fundada en Francia en 1817 por Marcelino Champagnat.

---

En la Morelos, se gana el respeto de sus compañeros porque sus alegatos provocadores ponen en aprietos al maestro. ¿Quién es ese muchachito? ¿De dónde salió? ¿Por qué desafía lo establecido?

En la secundaria, la materia que menos le interesa es Zoología y sus notas más altas son en Dibujo Constructivo y Deportes.

En el frontón, un compañero lo llama «hijo natural»; rojo de furia se arroja sobre él. Si lo hace no es por el orgullo de pertenecer a los «De» Haro sino porque defiende con uñas y dientes la memoria de su madre. De regreso a casa, Hugo evita mencionar el incidente, Guillermo es quien pregunta:

—¿Oíste lo que me dijo ese hijo de la tiznada?

—Sí, pero no pongo atención a esas cosas. Tú eres mi amigo y lo demás no importa.

—¡Claro que importa! Es cierto que los De Haro no querían reconocer a mi madre, pero yo soy Barraza y si a alguien le debo algo es a ella.<sup>10</sup>

—¿Barraza?

—Sí, el apellido de mi madre.

Lo que más atrae a Guillermo del doctor César Margáin, padre de Hugo, es su erudición. Médico y lingüista, conoce a fondo el latín y el griego y habla italiano, inglés, francés y alemán. Reunirse con él en su casa de la calle de Bucareli número 99, que tiene una segunda entrada por Abraham González y es hoy la Secretaría de Gobernación, es un acontecimiento. Frente a los muchachos, el médico insiste en el valor de la lectura: «El pensamiento es la felicidad. Hay otras felicidades pero ninguna como esa herencia de la cultura griega y del mundo civilizado. No nos damos cuenta del tesoro que tenemos... El libro es su amigo, con él pueden hablar cuando quieran, y si se cansan, simplemente lo dejan y jamás se disgusta».

En la preparatoria, Guillermo se inclina por la Ética, la Literatura y la Biología, materias que aprueba con nueve de promedio. Se inscribe en Historia de las Religiones, que es optativa, pero como los argumentos del profesor le resultan convencionales, solo estudia seis horas antes del examen y saca un seis. Repueba Etimología:

—Ve a ver a mi papá —le dice Hugo.

Don César pone a su alcance a Platón y a Sócrates, pero sobre

---

<sup>10</sup> Entrevista a Hugo Margáin en su casa de la Ciudad de México, 11 de enero de 1992.

---

todo se convierte en una figura paterna. A César Margáin, Haro lo puede admirar.

Y por lo tanto querer.

Guillermo aprueba Etimología con la mano en la cintura.

Al dúo Haro-Margáin se unen otros: Fernando Benítez, Pepe Iturriaga, Carlos Trejo, Agustín Santacruz. Además de los viajes a Puebla, a Cuernavaca y a Guadalajara con los escasos ahorros compartidos, los jóvenes se apasionan por la historia de México; Altamirano e Ignacio Ramírez son los favoritos de Haro pero Benítez se exalta con *Los bandidos de Río Frío* y lee con deleite a Ángel del Campo, *Micrós*. Analizan a Nietzsche, a Descartes, a Rousseau, a Voltaire y a Montesquieu, y sus diatribas terminan a gritos: «Hermanito, no sabes de lo que hablas». «Hermanito, estoy leyendo *El Anticristo*», «Hermanito, eres un imbécil». «¡Oh, tiempo, detente, eres tan bello!», Margáin finge caer desmayado; en realidad imita el momento de la muerte de Goethe. Benítez, gran actor, critica: «¡Así no, así no; tienes que tener la hombría de tirarte por la ventana, hermano!». A Guillermo le preocupan las diferencias sociales, cuestiona el racismo en México, el maltrato a las mujeres, el desprecio a las mazahuas que arriban en tiempo de secas, entran al servicio de los blancos y se van sin aviso, como las golondrinas, cuando toca sembrar. Benítez discute, se enoja, se reconcilia y concluye que los indígenas son lo mejor de México, «son ellos quienes van a salvarnos, hermano. Si este pinche país sobrevive, será por ellos».

Asisten a las cenas organizadas por la señora Frías, una viuda cursi que se rodea de jóvenes y gusta de que sus invitados reciten «El brindis del bohemio» y se expresen con elegancia como Juan de Dios Peza. «¿Han leído el poema “Leonor” de Amado Nervo?», y Guillermo para la oreja porque cada vez que oye ese nombre una vena le salta en la sien. Al terminar la cena, la cursi toca una campanita y anuncia: «Tiene la palabra Carlos Trejo», y Carlos, que conoce los gustos de su anfitriona, comienza:

—El Movimiento Cristiano en México se ha multiplicado en iglesias, y esos templos son manos levantadas hacia el Altísimo para recibir el maná divino.

—¡Ah, qué bien, qué bien, joven! Ahora tiene la palabra Guillermo de Haro.

—Hay dos clases de amistad, una pasajera como un cometa y otra que dura toda la vida como las estrellas.

---

Sus palabras son premonitorias.

En el pasillo del cine Alameda, Margáin y él encuentran una pluma. Hugo la patea, se adelanta y la recoge, Guillermo grita: «Yo la vi primero». «No es cierto, fui yo y es mía», replica Margáin. Se la guarda en la bolsa de la camisa y en plena función Guillermo se la arrebató, pero en un descuido Hugo la recupera. Salen del cine y Haro vuelve a quitársela en casa de Margáin. Benítez y Trejo se despiden. Hugo se harta, lo carga al hombro, sube con él a la azotea y lo deja atado a la pérgola como una momia; ahí pasa la noche. Al otro día, apenado, Hugo sube, lo desamarra y lo invita a desayunar.

—Hermano, te hice pasar muy mala noche.

—No, fue una noche de maravilla.

En la mesa le devuelve la pluma pero Hugo la rechaza y deciden regalársela al portero:

—¿Pudiste dormir?

—No se me ocurrió, miré las estrellas.

La palabra «miedo» no figura en el vocabulario de Haro. A los dieciséis años, a la salida del cine Vanguardias del padre Pérez del Valle, en la calle de Frontera 16, casi esquina con la avenida Chapultepec, se enfrenta a un muchacho alto, fuerte y sobre todo mayor que él: Eugenio Barush, quien le dispara en el estómago y lo manda al hospital. Por fortuna el proyectil no alcanza a perforarle el intestino y se recupera pronto. El motivo del pleito tiene nombre y apellido: Amparo Guerra Margáin, una cantante de ópera y prima lejana de Hugo, a quien llaman «la Deanna Durbin mexicana». Varios años más tarde, Amparo cantará *Aída* de Verdi en Puebla sin imaginar que en Tonantzintla Guillermo observa algo más celestial: el cielo del sur, esta vez sí, herido de amor por la astronomía.